

cuerpo supiese adonde se dirigían. Sólo el ministro de la Guerra sabía el plan de campaña, y el mismo general Gerard, á pesar de la confianza que inspiraba, no tenía noticia más que de una cosa, la de que debía dirigirse hacia Philippeville. El general de Erlón, después del general Gerard el más distante del centro, recibió orden de ponerse en movimiento el 9, es decir, dos días después que el cuerpo de Gerard, y de encaminarse desde Lille á Valenciennes también con el mayor sigilo. El general Reille debía salir de Valenciennes el día 11 cuando de Erlón llegase á esta ciudad, y avanzar hasta Maubeuge, adonde Vandamme, que se hallaba en Mezieres, podía llegar en breve tiempo.

Sin embargo, los movimientos desde Lille á Valenciennes y desde Valenciennes á Maubeuge podían ser significativos; y Napoleón ideó un medio ingenioso para engañar al duque de Wellingtón, al cual creía de mucha más penetración que el mariscal Blücher. Comprendió que llegando del mar y apoyándose en él, el general británico procuraría á toda costa impedir que le cortasen esta preciosa retirada, base de operación. En vista de esto, dispuso que saliesen de Lille, de Dunkerque y de las plazas vecinas los nacionales movilizados, para que replegasen las avanzadas enemigas con un aparato militar que podía hacerles temer una operación formal. Este movimiento fué prescrito de un modo conveniente, para que apareciera con el carácter de importante, y sobre todo visiblemente dirigido hacia las costas, con el fin de que si llegaban los aliados á saber que los cuerpos de Metz y de Mezieres se habían puesto en marcha, pudiesen presumir que la tendencia general de las tropas francesas era avanzar con dirección á Lille, Gante y Amberes. Además, estos indicios de la marcha de las fuerzas de Napoleón, aun suponiendo al enemigo más vigilante de lo que era en realidad, y mejor informado de lo que solía estar, no podían ser comunicados al cuartel general de Bruselas sino dos, tres ó cuatro días después de haber sido recogidos, y con la circunstancia de aparecer contradictorios, razón por la cual debían agitar al enemigo sin darle cuenta exacta de los proyectos de su adversario, y por lo tanto sin hacerle tomar una determinación hasta que ya se hubiese operado la concentración de las tropas francesas. Así pues, todos los cuerpos del ejército francés se hallaban en movimiento al salir Napoleón de París el día 12 de junio.

Partiendo del palacio del Elíseo á las tres y media de la mañana, se detuvo algunos instantes en Soissons, en donde inspeccionó las obras destinadas á librar á esta plaza de un golpe de mano; dictó, según acostumbraba á hacer, una multitud de órdenes, y al anochechar llegó á Laón. Al día siguiente, 13, examinó el terreno en donde el año anterior había tenido lugar la sangrienta batalla, dispuso lo que debería hacerse para poder contar con la posesión de aquel espacio en el caso de una retirada forzosa, y fué á dormir á Avesnes. Después de examinar el estado de los almacenes de provisiones de esta plaza, y de oír las noticias que le trajeron sus espías, anunciándole que el enemigo no había alterado en nada su reposo, fué á ponerse de acecho á Beaumont el 14 por la noche, en medio de una vasta selva situada sobre el límite de la frontera. Las noticias que tenía de los distintos cuerpos de su ejército eran

satisfactorias. El general Gerard atravesó la Lorena y los Ardenes sin que los prusianos se apercibieran de su marcha. En Lille y en Valenciennes recogieron algunos indicios; pero la gran demostración que se verificó delante de Lille inclinaba á creer que los franceses proyectaban avanzar hasta Gante, y probablemente hasta Amberes. Napoleón se hallaba, pues, rodeado de sus cuerpos á una distancia de cinco á seis leguas los unos de los otros, cubiertos por una espesa selva, y sin que el enemigo sospechase su proximidad y sus intenciones, á juzgar por su inmovilidad. He aquí la posición que ocupaban los cuerpos del ejército francés el 14 por la noche.

A la izquierda se encontraba el conde de Erlón en Solre-sur-Sambra con el primer cuerpo que constaba de veinte mil infantes, y en la misma línea el general Reille acampaba en Leers Fosteau con el 2.º cuerpo, formado por veintitrés mil hombres de infantería. Estos dos generales debían formar el ala izquierda del ejército con cuarenta y tres ó cuarenta y cuatro mil infantes. Por la derecha, pero á doble distancia, porque llegaba de Metz, fué á dormir el general Gerard á Philippeville con el 4.º cuerpo, cuyo efectivo era de quince á diez y seis mil combatientes. Más tarde, después de ser aumentado, debía constituir el ala derecha del ejército. Por último, en el centro, es decir, en el mismo Beaumont, y en un radio de una legua, estaban Vandamme con el tercer cuerpo procedente de Mezieres, y contando diez y siete mil hombres; el conde de Lobau con el 6.º cuerpo formado en París y reducido á diez mil hombres después de los destacamentos enviados á la Vendée; y en fin la guardia imperial con trece mil infantes, cinco mil jinetes y dos mil artilleros, lo que constituía un efectivo total de cerca de veinte mil combatientes.

Como en sus anteriores campañas, Napoleón no dejó á cada cuerpo de ejército más que la caballería necesaria para abrirse camino, reunió el grueso de esta arma en cuatro cuerpos especiales, la caballería ligera al mando de Pajol, los dragones al de Exelmáns, y los coraceros al de los generales Kellermann y Milhaud, formando con los cuatro una magnífica reserva de trece mil jinetes aguerridos, que se proponía tener á su lado con el fin de aprovecharse de ellos según las circunstancias lo exigieran. No teniendo para dirigir estas fuerzas de caballería ni á Murat, ni á Bessieres, ni á Montbrún, ni á Lassalle, los unos en desgracia y los otros muertos, confió esta misión á Grouchy, recientemente nombrado mariscal, excelente oficial de caballería, más á propósito para ejecutar un movimiento que para concebirle, y en una palabra, mejor para obedecer que para mandar. A este número de hombres hay que añadir de cuatro á cinco mil soldados empleados en los parques sanitarios y demás servicios de cuartel, que con los anteriores completaban el efectivo general reunido, como hemos dicho ya, en torno de Beaumont. Nunca se había llevado á cabo con más fortuna una operación tan difícil como la que Napoleón concibió y ejecutó, toda vez que estaban concentrados ciento veinticuatro mil hombres y trescientos cincuenta cañones detrás de una selva cuyos espesos árboles eran la única barrera que los separaba del enemigo, y este enemigo lo ignoraba.

Nunca había sido mayor la disposición moral, la adhesión, el ardor y el deseo de combatir que manifestaban las tropas. Entre ellas, no había un hombre que no hubiera servido. Los más novicios habían tomado parte en las campañas de 1813 y 1814. Los más eran soldados veteranos procedentes de las guarniciones lejanas ó de las prisiones de Rusia y de Inglaterra. Autores de la revolución del 20 de marzo, llevaban hasta el fanatismo su entusiasmo (1), y en cuanto divisaban á Napoleón, gritaban ¡Viva el emperador!, poseídos de una especie de furia militar y patriótica. Los oficiales, procedentes de los de la clase de reemplazo, participaban de los sentimientos de los soldados; pero, por desgracia, los cuadros habían sido reformados muchas veces, primero por los Borbones y después por Napoleón, y había en ellos una porción de oficiales nuevos en su regimiento, aunque antiguos en el ejército, que no eran conocidos por los hombres á quienes iban á mandar. Esta era una de las causas de la desconfianza general que se abrigaba respecto de los jefes. La opinión vulgar que se profesaba en las filas del ejército era la de que no solamente los mariscales, sino también los generales y muchos oficiales subalternos, se habían arreglado con los Borbones; que Napoleón, al regresar de la isla de Elba, les había causado una sorpresa desagradable; y con este motivo su adhesión, su lealtad en la lucha que se preparaba, cuando menos eran dudosas. Esta opinión, cierta desde algunos puntos de vista, era inexacta en lo relativo á los oficiales de elevada graduación, los que, á pesar de haber visto con algún sentimiento la vuelta de Napoleón, eran en su mayor parte incapaces de venderle, por lo menos antes que la fortuna le abandonase. Les costaba trabajo consagrarse nuevamente á su causa, pero comprendían que se trataba de su gloria, de la de la Francia, y estaban decididos á batirse con el mayor denuedo, sin contar con que muchos de ellos, que habían contribuido á la revolución del 20 de marzo, se hallaban resueltos no sólo á batirse con denuedo, sino con pasión. Con todo, los soldados, que tenían una confianza fanática en Napoleón, no se mostraban tan seguros respecto de sus jefes. La idea de que algunos de ellos comunicaban con los huéspedes de Gante era general. Todos los que no hablaban con el mismo entusiasmo que los soldados, se hacían sospechosos al momento. Los campamentos estaban convertidos en verdaderos clubs, en donde los soldados y los oficiales se ocupaban de la política, y analizaban á sus generales como en el seno de los partidos se analiza á los jefes políticos. No peligraban en estas discusiones el ardor, el deseo de batirse, pero salían de ellas mal paradas la subordinación, la unión y el orden. En una palabra, heroico este ejército por sus ánimos, carecía de cohesión; pero Napoleón constituía su lazo y en cuanto le veía recuperaba con él su unidad. Temblaba de alegría sólo al pensar que iba á volver á hallarse frente á frente del enemigo pocas horas después, que iba á vengarse de los años 1813 y 1814; y, podemos decirlo, nunca

(1) El general Foy, en su diario militar, que su hijo ha tenido la bondad de enseñarme, se expresa de este modo con fecha del 14 de junio: «Las tropas experimentan, no un sentimiento de patriotismo, de entusiasmo, sino una verdadera pasión rabiosa hacia el emperador y contra sus enemigos. Nadie duda del triunfo de la Francia.» (N. del A.)

víctima más noble, más conmovedora, más interesante, corrió á inmolarsse sobre un altar que para ella representaba el altar de la patria.

Napoleón estaba resuelto á satisfacer su ansiedad y á conducirla aquella misma noche en medio de los campamentos de los ingleses y prusianos. Como había previsto, los dos generales aliados, sin dejar de pensar que debían aproximarse el uno al otro todo lo más posible, descuidaron el punto de enlace entre sus acantonamientos, y no tomaron las precauciones necesarias para impedir todo acceso por él. El duque de Wellingtón, ocupado en cubrir con sus tropas todo el reino de los Países Bajos, y Blücher, empeñado en interceptar el camino de las provincias rhinianas, se situaron con arreglo á las ideas que les dominaban. El Sambre corriendo desde el territorio francés al que ocupaban los enemigos, y reuniéndose con el Mosa cerca de Namur, separaba sus acantonamientos. Blücher con cuatro cuerpos del ejército de cerca de treinta mil hombres cada uno, formando un total de ciento veinte mil combatientes, ocupaba las orillas del Sambre y del Mosa. Bulow con el 4.º cuerpo estaba en Lieja, Thielmann con el 3.º entre Dinant y Namur, y Pirch con el 2.º en Namur. Ziethen con el primer cuerpo, situado enteramente en la frontera francesa, tenía en Charleroy dos de sus divisiones y sus avanzadas al lado opuesto del Sambre á lo largo de la selva de Beaumont, que era el único obstáculo que ocultaba á los franceses de sus enemigos. Las otras dos divisiones estaban situadas detrás de Charleroy, comunicándose por medio de patrullas con el ejército inglés encargado de la defensa del reino de los Países Bajos. Una hermosa calzada partiendo de Namur se dirigía desde las provincias rhinianas hasta Bélgica y conducía á Bruselas por Sombreffe, los Quatre-Bras, Genappe, Mont-Saint-Jean y Waterloo. Por consiguiente constituía el punto de comunicación más importante de los aliados, toda vez que por ella debían pasar ingleses ó prusianos á reunirse en caso de necesitar los unos el auxilio de los otros. Así, pues, convinieron en juntarse en la mencionada calzada si se veían amenazados por aquel lado, puesto que no les separaban de ella más que cinco ó seis leguas de distancia. Si se encaminaban hacia la izquierda saliendo de Charleroy, podían encontrarla en los Quatre-Bras, hallándose en seguida en el camino de Bruselas; si hacia la derecha en Sombreffe, y de este modo se ponían en dirección de Namur y de Lieja; motivo por el cual tenían los prusianos dos de las divisiones de Ziethen en Charleroy y las restantes en Fleurus y en Sombreffe.

El duque de Wellingtón disponía de cien mil hombres entre ingleses, hannoverianos, holando belgas, brunswiquenses y súbditos de Nassau. Los ingleses eran soldados viejos, se habían batido durante veinte años consecutivos, y se mostraban orgullosos de los triunfos que habían alcanzado en España; después de los ingleses, lo que más aumentaba el valor del ejército británico era la legión alemana, compuesta de los restos del antiguo ejército hannoveriano formado por alemanes muy aguerridos. Los holando-belgas, los hannoverianos propiamente dichos, los brunswiquenses, el cuerpo de Nassau, habían sido reclutados en 1813 y 1814, con motivo del levantamiento europeo contra la

Francia, y organizados los unos en tropas de línea y los otros en milicias voluntarias. Las primeras tenían más consistencia que las segundas, pero unas y otras odiaban violentamente á los franceses, confiaban en el jefe que las dirigía, y además estaban hábilmente confundidas con las tropas inglesas para que participaran de su solidez. Componían estas fuerzas treinta y ocho mil ingleses, quince mil hannoverianos, veinticinco mil holando belgas, seis mil brunswiguenses y siete mil súbditos de Nassau, naturalmente adictos á la casa Nassau-Orange.

El duque de Wéllington, como ya dejamos indicado, procuró convencer á Blúcher de que debían esperar á que la segunda columna invasora compuesta de los rusos, los austriacos, los bávaros, los wurtembergueses, etc., que avanzaba por el Este, estuviese á la misma distancia de París que la columna que mandaban, antes de tomar la ofensiva. Tanto para matar el tiempo como para poner á prueba el ardor de los prusianos, consintió el duque de Wéllington en emprender algunos asedios, y con esta intención se prepararon los necesarios parques de artillería. Pero mientras llegaba el tiempo de realizar este proyecto, apenas tomaron las precauciones más precisas para estar en guardia contra una brusca aparición de los franceses. El duque de Wéllington, falto de perspicacia en aquella ocasión, procuró solamente preservarse de un ataque por mar, ataque que no era de temer, porque aun cuando Napoleón le hubiera cortado la retirada por Amberes no lo hubiera hecho seguramente por Amsterdam, y no le hubiera arrebatado el punto culminante de sus operaciones, mientras que por otra parte su mayor interés era separarle de Blúcher y colocarse en medio de los ingleses y de los prusianos para derrotar á los unos después de los otros.

Ni Blúcher ni Wéllington sospecharon este peligro, mucho más inminente que el que este último presentía; pero de todos modos, convencidos, en vista de las lecciones que les había dado Napoleón, de que debían estar prontos para cualquier evento, convinieron en reunirse en la calzada de Namur á Bruselas en caso de un ataque á Charleroy, acudiendo á este punto con la mayor presteza posible, los unos desde Bruselas, los otros desde Namur y Lieja. El duque de Wéllington dividió su ejército en tres partes: una formaba el ala derecha al mando del excelente y bizarro general Hill, extendiéndose desde Oudenarde á Ath; otra al del brillante príncipe de Orange desde Ath á Nivelles cerca de Charleroy y del Sambra. La tercera permanecía de reserva en Bruselas.

Con esta distribución quiso el duque de Wéllington poder concentrarse, á la derecha en el caso de verse atacado por mar, ó á la izquierda si tenía que acudir en socorro de los prusianos. Pero, á pesar de abrigar esta doble intención, sus cuerpos se hallaban demasiado dispersos, porque necesitaba dos ó tres días lo menos para reunirlos á la derecha ó á la izquierda. De cualquier modo, en el caso de un ataque en Charleroy contra los ingleses ó los prusianos, el punto de reunión elegido fué la calzada de Namur á Bruselas, y para defender esta calzada se distribuyó el cuerpo prusiano de Ziethen de la manera que hemos indicado; dos divisiones en Charleroy y las otras dos entre Fleurus y Sombreffe.

El 14 de junio por la noche no se sospechaba nada ó casi nada en los cuarteles generales de Namur y de Bruselas acerca de los designios de los franceses; y sólo se sabía que había algún movimiento en la frontera sin conocerse el objeto y la gravedad de este movimiento. Así, pues, era una maravillosa operación la de haber reunido á la distancia de cuatro ó cinco leguas del enemigo un ejército de ciento veinticuatro mil hombres procedentes de puntos tan lejanos como Lille, Metz y París, sin que los generales inglés y prusiano tuviesen noticia de ello, y la historia de la guerra no ofrece, que nosotros sepamos, otro fenómeno de este género. Napoleón no era un hombre capaz de desperdiciar el fruto de un primer éxito tan notable, para descuidarse en aprovecharlo. Resolvió entrar en acción en la misma noche del 14 al 15 cayendo bruscamente sobre Charleroy, apoderarse por sorpresa de esta plaza, probablemente mal custodiada, atravesar el Sambra, y correr á situarse en la calzada de Namur á Bruselas, seguro de que, por aproximados que estuviesen los ingleses y los prusianos, lograría establecerse entre ellos con la masa de sus fuerzas. Dictó las precauciones más minuciosas para que no pudieran sospechar los enemigos la proximidad de los campamentos franceses, ordenó á los soldados que se ocultaran en el bosque detrás de las sinuosidades del terreno, bastante desigual en aquella frontera, y dispuso que se ocultasen las hogueras y que no se dejase pasar ningún viajero ni campesino, á fin de retardar todo el tiempo posible la noticia positiva de su marcha contra los aliados. Ya habían llegado los rumores de su proximidad al campamento adversario, pero estos rumores no le importaban apenas, porque sabía, y la experiencia lo ha probado infinitas veces, que estos rumores no suelen excitar á un enemigo amenazado á tomar las determinaciones suficientes.

Napoleón dió el 14 por la noche las órdenes siguientes: A las tres de la mañana, debían estar en marcha todas las vanguardias de las columnas para hallarse á las nueve ó las diez en el Sambra. A la izquierda el general Reille con el 2.º cuerpo se encaminaría desde Leers-Fosteau á Marchiennes, se apoderaría del puente de Marchiennes situado á media legua de Charleroy, y pasaría por él el Sambra, preparándose á ejecutar las instrucciones ulteriores del cuartel general. El conde de Erlón, partiendo con el primer cuerpo desde dos leguas más abajo de Solre sur-Sambra, debía entrar en Marchiennes dos horas después que el general Reille, y permanecer á sus espaldas en esta población. El general Vandamme en el centro, saliendo de los alrededores de Beaumont con el tercer cuerpo, tenía orden formal de encontrarse á las nueve ó á las diez de la mañana delante de Charleroy. El general Rogniat debía marchar con él seguido de los ingenieros y de los marinos de la guardia para apoderarse del puente y de la puerta de Charleroy. El general Pajol recibió el encargo de escoltar á Rogniat con la caballería ligera de la reserva. Napoleón se proponía acompañarle al frente de cuatro escuadrones de la guardia para verlo y dirigirlo todo por sí mismo. El conde de Lobau debía partir con el 6.º cuerpo una hora después que el general Vandamme, á fin de dejar á éste el tiempo necesario para desfilarse á través de los bosques. La guardia se pondría en movimiento una hora después que el conde de Lobau.

Se dispuso además que los bagajes no siguieran á los cuerpos hasta que hubieran desfilado todas las tropas. Por último, á la derecha, el general Gerard, que se hallaba en Philippeville, debía abandonar este punto á las tres de la mañana, caer bruscamente sobre el Chatelet, dos leguas más allá de Charleroy, pasar el Sambra, establecerse en la orilla izquierda de este río, y esperar las órdenes del cuartel general. Como vemos, desde las nueve á las diez de la mañana se disponían ciento veinticuatro mil hombres á aparecer sobre todos los puntos del Sambra, dejando en medio á Charleroy, y era difícil que concentrados de este modo en el espacio de dos leguas no lograsen cortar la línea del enemigo, cualquiera que fuese su resistencia.

El 15 de junio á las tres de la mañana se puso en movimiento todo el ejército, excepto el cuerpo de Vandamme, que hubiera debido ser el primero en marchar. Nadie era más enérgico ni más hábil que el general Vandamme, y sobre todo más adicto, si no á la causa del imperio, por lo menos á la de la revolución francesa. Se hallaba decidido á cumplir su deber, pero no le habían abandonado sus defectos, la violencia y su extremada afición á la comodidad. Le obligaron á salir de Beaumont para ceder el puesto al cuerpo del conde de Lobau, á la guardia imperial y al emperador; después de haber manifestado gran disgusto, fué á establecerse á la derecha, y escogió para habitar personalmente una casa de campo bastante difícil de descubrir. El mariscal Soult, que poseía la mayor parte de las cualidades de un jefe de estado mayor, excepto la claridad de talento y la práctica de este servicio, no duplicó y triplicó como Berthier la expedición de las órdenes á fin de asegurarse de su transmisión. El único oficial que despachó á Vandamme, le buscó por espacio de mucho tiempo, se rompió los cascos sin provecho, y no pudo entregar á nadie el mensaje de que era portador, razón por la cual Vandamme no supo nada y permaneció pacíficamente adormecido.

El general Rogniat logró encontrarle, manifestó el asombro que le causaba su inmovilidad y le anunció que debía dirigirse inmediatamente hacia Charleroy. Vandamme, descontento del tono con que le habló el general Rogniat, le respondió con bastante dureza que no había recibido ninguna instrucción del cuartel general, y que no era un subalterno quien debía darle órdenes. Con todo creyó deber ponerse en marcha, pero necesitaba tiempo para despertar, reunir y mover á diez y siete mil hombres, y por esta razón no pudo encaminarse hacia Charleroy el primer cuerpo hasta las cinco y media de la mañana. Teniendo que desfilarse por estrechos senderos á través de bosques espesos, de aldeas estrechas y largas, no podía avanzar con rapidez, y su retraso de tres horas detuvo todo este tiempo al cuerpo de Lobau y á la guardia que debía seguir el mismo camino. Afortunadamente el general Rogniat no esperó á la infantería, y creyéndose bastante fuerte con la caballería ligera de Pajol, se lanzó sin titubear sobre Charleroy. Napoleón, impaciente por la tardanza de las tropas, se anticipó con los cuatro escuadrones de la guardia que le acompañaban, y corrió hacia Charleroy con toda la presteza de sus caballos.

Durante este tiempo Pajol, abriendo campo con sus escuadrones, dispersó las avanzadas prusianas después

de hacerles de doscientos á trescientos prisioneros. Rogniat, que le seguía con algunas compañías de ingenieros y los marinos de la guardia, cayó bruscamente sobre el puente de Charleroy, se apoderó de él antes que el enemigo pudiera destruirlo, voló las puertas de la ciudad, penetró en ella y abrió camino de este modo á Pajol, quien atravesó Charleroy á galope persiguiendo á los prusianos que se replegaban á toda prisa.

A algunos centenares de toesas de Charleroy había una bifurcación en el camino. Por la izquierda llegaba á los Quatre-Bras, por la derecha á Sombreffe, la gran calzada de Namur á Bruselas de que ya hemos hecho mérito. Queriendo los prusianos conservar esta calzada por la cual podían reunirse Blúcher y Wéllington, se retiraron por los dos ramales que partían de la bifurcación, el que conducía á Bruselas y el que conducía á Namur, pero en mayor número por este último. Pajol envió al coronel Clary con el 1.º de húsares por el camino de Bruselas, y con el resto de su caballería se dirigió por el de Namur, seguido de cerca por los dragones de Exelmáns.

En tanto que pasaba lo que acabamos de referir en el camino de Beaumont á Charleroy, el general Reille con el 2.º cuerpo, que salió de Leers-Fosteau á las tres de la mañana, encontró á los prusianos á la entrada del bosque de Montigny-le-Tilleul, y los derrotó cogiéndoles de trescientos á cuatrocientos prisioneros. Inmediatamente después se dirigió á Marchiennes, tomó el puente por sorpresa, y á las once de la mañana había pasado el Sambra. Acto continuo avanzó hasta Jumel y Gosselies en dirección de Bruselas, y en este último punto se detuvo para que descansasen sus tropas y esperar las órdenes del cuartel general. El conde de Erlón, partiendo de un paraje más distante con el primer cuerpo, no había podido todavía llegar al Sambra. Por la derecha el general Gerard, detenido por una de sus divisiones, no salió hasta muy tarde de Philippeville, y bien fuese por esta razón ó por la distancia que tenía que recorrer, no podía encontrarse en el Chatelet con el 4.º cuerpo hasta una hora del día muy avanzada. Pero estos diversos retrasos carecían de importancia, puesto que el Sambra había sido atravesado por dos partes, por Marchiennes y Charleroy, y Napoleón podía en muy pocas horas colocar sesenta mil hombres entre los ingleses y los prusianos para evitar su reunión.

Siguiendo el emperador de cerca á los generales Rogniat y Pajol, llegó á Charleroy á las once y media, no se detuvo en esta plaza, y corrió á reunirse con la caballería ligera, en el punto en donde, dividiéndose el camino de Charleroy, se dirige por un lado á Bruselas y por el otro á Namur. Temiendo que el coronel Clary no tuviese bastantes fuerzas con su regimiento de húsares para contener á las avanzadas enemigas que habían tomado la dirección de Bruselas, ordenó al general Lefebvre-Desnoettes, jefe de la caballería ligera de la guardia, que apoyase al coronel Clary con su división compuesta de dos mil quinientos jinetes y al general Duhesme, jefe de la infantería de la guardia joven, que destacase un regimiento en cuanto llegase para apoyar á Clary y á Lefebvre-Desnoettes. Al mismo tiempo comunicó á su ala izquierda, formada por los generales Reille y de Erlón, la orden de apresurar el paso y de acudir á Gosselies para acumular de este modo crecidas

fuerzas en la dirección de Bruselas, que era por donde debían presentarse los ingleses. Como hemos visto, habiendo pasado el general Reille el Sambra por Marchiennes, avanzaba hacia Jumel y Gosselies, y podía reunir en este punto tan esencial veintitrés mil hombres de infantería.

Tomadas estas precauciones con respecto al camino de Bruselas, Napoleón se dirigió al de Namur, en donde tenía que habérselas con los prusianos, y en donde se podía suponer que eran numerosísimos, porque su cuartel general se hallaba en Namur, es decir, á siete ó ocho leguas de distancia, mientras que el cuartel general inglés, establecido en Bruselas, se encontraba á catorce.

De las dos divisiones del cuerpo prusiano de Ziethen, que ocupaban á Charleroy, una, la división de Steinmetz, se había retirado hacia el camino de Bruselas, y la otra, la división de Pirch II (1), hacia el camino de Namur, pasando por Fleurus y Sombrefe. Esta última se detuvo en la aldea de Gilly, que está situada á una legua de Charleroy en el camino de Fleurus. Pajol la siguió con la caballería ligera, Exelmans con los dragones, y hasta el mismo Grouchy, comandante en jefe de la caballería de reserva, acudió á tomar el mando de las tropas que formaban esta vanguardia. El general Ziethen tenía la orden de disputar paso á paso el terreno, en caso de ataque, para retardar la marcha de los franceses, pero sin aceptar un combate formal. Viéndose perseguido por seis mil caballos, evacuó la aldea de Gilly y se fué á establecer al lado opuesto de un ancho arroyo que desde la abadía de Soleilmont corre á perderse en el Sambra cerca del Chatelet. El general Pirch II, que se hallaba á sus órdenes, ocupó el puente de este arroyo, formó detrás de él dos batallones, y distribuyó otros muchos á derecha é izquierda del camino en los bosques de Tricheve y de Soleilmont, resolviendo esperar á los franceses en esta posición, que le ofrecía los medios de oponerles una resistencia bastante dura. El mariscal Grouchy por su parte, aun cuando disponía de las divisiones de Pajol y Exelmans, creyó deber suspender su marcha, porque la caballería no le bastaba para destruir el obstáculo que los enemigos le oponían y se arriesgaba á perder muchos hombres sin conseguir ningún resultado favorable.

En esta situación encontró Napoleón las cosas cuando llegó á Gilly, y no tardó en tomar un partido con la seguridad de juicio que no le abandonaba jamás en la guerra. Delante de sí tenía una cadena de colinas pobladas de árboles, cuyo pie bañaba el arroyo de Soleilmont. Al lado opuesto se extendía la llanura de Fleurus, ya célebre por la batalla que en ella habían sostenido los generales Jourdan y Kléber, y en la que era muy verosímil un encuentro con los prusianos, puesto que la atravesaba por completo la gran calzada de Namur á Bruselas. Napoleón, que deseaba muchísimo este encuentro para combatir á los prusianos antes que á los ingleses, quería asegurarse la entrada de la llanura, pero no ocuparla, porque de este modo ahuyentaría á los prusianos y saldrían fallidos sus deseos. Hasta entonces

(1) En el ejército prusiano había dos generales con el mismo nombre: Pirch 1.º y Pirch 2.º. Pirch 1.º mandaba en jefe el 2.º cuerpo del ejército de Blücher, y Pirch 2.º una división á las órdenes de Ziethen, general en jefe del primer cuerpo. (N. del A.)

todo se había verificado como lo había previsto y anhelado. Pensó que los ingleses y los prusianos dejarían entre ellos, por grande que fuese su interés en permanecer estrechamente unidos, algún espacio menos ocupado que los demás para penetrar por él con el grueso de su ejército concentrado, y colocarse en medio de unos y otros.

Este profundo cálculo se realizó al pie de la letra. El Sambra, arrebatado con tanta fortuna al enemigo, mostraba claramente el vacío que separaba á los ingleses de los prusianos; y Napoleón se alegraba de saber que tenía á los ingleses á la izquierda en la dirección de Bruselas y que sus avanzadas se hallaban á cinco ó seis leguas, y su cuerpo de batalla á doce ó catorce; al paso que los prusianos estaban á su derecha en la dirección de Namur, separándose de sus avanzadas una ó dos leguas, y de su cuerpo de batalla cinco ó seis. Proponiéndose, como se proponía al colocarse en medio de ellos, encontrarlos aisladamente, era preciso lanzarse sin perder un instante sobre uno de los dos ejércitos, y mientras el combate duraba, oponer á la marcha del otro un obstáculo que no le permitiese acudir en auxilio del ejército atacado. En esto no había duda, pero ¿á cuál de los dos ejércitos debería atacar? Naturalmente, al prusiano primero, porque era el que más próximo se hallaba, y después porque, dejándole á la derecha, hubiera avanzado hasta colocarse detrás de los franceses y les hubiera atacado por la retaguardia mientras luchaban con los ingleses. Además, en atención al genio emprendedor de su jefe, era probable que, impaciente por combatir, se aprovechara de la proximidad del enemigo para medir con él sus armas, mientras que los ingleses á causa de la distancia y de su lentitud natural darían á los franceses el tiempo suficiente para derrotar á los prusianos antes de que llegasen á socorrerlos. Pero en este caso, reconociendo la necesidad de elegirlos como primeros adversarios, en vez de impedirles llegar á la llanura de Fleurus, era preciso facilitarles los medios de entrar en ella, porque de otra manera podían ejecutar un gran movimiento retrógrado y reunirse por Wavre con los ingleses, detrás de Bruselas; y si los dos ejércitos aliados se reunían más allá de Bruselas, el plan de Napoleón no sólo fracasaba, sino que le reducía á una posición de las más peligrosas, porque no podía internarse mucho en Bélgica, toda vez que no debía tardar en verse obligado á hacer frente á la columna invasora del Este. Por otra parte, para combatir con ciento veinte mil hombres contra doscientos mil necesitaba luchar aisladamente con cada uno de los ejércitos. Si los hallaba reunidos no tenía más remedio que retroceder después de haber fracasado su plan de campaña, y con esta retirada perdería el ascendiente de su superioridad militar. Así, pues, en la dirección de Namur no podía pasar más allá de Fleurus, mientras que en la de Bruselas necesitaba indispensablemente ocupar una posición que impidiese á los ingleses llegar al campo de batalla en donde combatiese contra los prusianos.

Habiéndose establecido, como hemos dicho ya, el cuerpo de Ziethen detrás del puente de Soleilmont y en los bosques situados á derecha é izquierda del camino, era de todo punto necesario ahuyentarlos para apoderarse de la salida de la llanura de Fleurus, sin avanzar

un solo paso después de ejecutada esta operación. Napoleón ordenó, pues, á Grouchy que forzase el arroyo en cuanto tuviese tropas de infantería, registrando después los bosques y reconociendo el campo nada más que hasta Fleurus. Dictadas estas disposiciones se volvió á galope para atender de nuevo á las eventualidades que podían sobrevenir en el camino de Bruselas, y mandó á decir á Vandamme, quien no pudo llegar á Charleroy hasta el mediodía, empleando dos horas en atravesar las estrechas calles de la ciudad, que se apresurase, primero para dejar el paso libre á Lobau y á la guardia, y después para que acudiese á apoyar á Grouchy. Era el día 15 de junio; el calor sofocaba y las tropas habían andado, las unas cinco leguas, las otras seis ó siete, pero su ardor no se agotaba y avanzaban con verdadero celo en todas las direcciones que sus jefes les indicaban. Después de haber apresurado la marcha de Vandamme, traspasando Napoleón el punto divisorio del camino de Charleroy, se adelantó por el ramal que conducía á Bruselas. Este ramal, ya lo hemos indicado, encontraba en Quatre Bras la gran calzada de Namur á Bruselas, que era el lugar por donde se comunicaban los ejércitos aliados. Con este motivo la posesión de los Quatre Bras era de una importancia inmensa, porque á la vez constituía el punto por el cual podían los ingleses reunirse con los prusianos y llevar á cabo su propia concentración.

Con efecto, hemos visto que el duque de Wellington, estableciendo su reserva en Bruselas, distribuyó delante de esta ciudad y formando un semicírculo el grueso de su ejército, por cuyo medio el general Hill se extendía desde Oudenarde hasta Ath, y el príncipe de Orange desde Ath hasta Nivelles. Así pues, Nivelles era el punto por el cual podían los ingleses reunir su ala derecha con la izquierda: además, desde Nivelles partía un trayecto bastante corto que encaminaba á los Quatre-Bras, donde encontrarían la reserva llegada de Bruselas, de modo que los Quatre-Bras, llamado así por los cuatro caminos que se cruzan en este punto, era á la vez el de reunión de los ingleses con los prusianos y el de los ingleses entre sí. Ningún otro de aquel vasto teatro de operaciones tenía, pues, semejante importancia; y las mismas ventajas que á los aliados ofrecía á los franceses, razón por la cual Napoleón debía aspirar como una condición esencial de su plan de campaña á que los Quatre-Bras fuesen invenciblemente ocupados por sus tropas, para que los ingleses no pudiesen ni reunirse entre sí ni con los prusianos, á no valerse para verificarlo de rodeos tan largos como difíciles. Este fué el motivo por el cual Napoleón, después de haber tomado con sus fuerzas á Charleroy, envió en dirección de los Quatre Bras, primero al coronel Clary con un regimiento de húsares, después á Lefebvre-Desnoettes con la caballería ligera de la guardia, después á uno de los regimientos de infantería de la guardia joven, y por último á los cuerpos de Reille y de Erlón con más de cuarenta mil hombres de infantería y trece mil caballos, todo esto para contener á los ingleses, mientras que él combatía á los prusianos con ochenta mil hombres. Durante su estancia en el paraje que ya hemos designado y que escogió para avivar la marcha de las tropas, descubrió al mariscal Ney, que llegaba á galope seguido de un solo ayudante de campo, el coronel Heymés. Napo-

león, como recordarán nuestros lectores, le confió después del 20 de marzo una misión en la frontera, para disminuir el embarazo de su posición alejándole de París, y le dejó permanecer en sus posesiones campesinas hasta la época de la celebración del Campo de Mayo, en la que regresó á la capital, y en esta ceremonia no le trató con la misma amistad que en otro tiempo. Queriendo, sin embargo, utilizar la invencible energía del mariscal, le mandó á decir al salir de París, que se apresurase á seguirle si deseaba asistir á la primera batalla. Advertido tan tarde, no pudo Ney hacerse acompañar más que por su ayudante de campo Heymés, y se encaminó á Maubeuge sin llevar tan siquiera el equipo de guerra más indispensable. Careciendo hasta de caballos se vió obligado á pedir los suyos al mariscal Mortier, que había quedado enfermo en Maubeuge. Así, pues, llegó al cuartel general de Napoleón ignorando el estado de las cosas, no reconociendo el papel que le estaba reservado ni las tropas que debía mandar, poseído de esa agitación febril, consecuencia del descontento de sí propio y de los demás, y por lo tanto sin la tranquilidad de espíritu tan necesaria en las situaciones difíciles, por más que su prodigiosa energía no hubiese sido nunca mayor que en aquella ocasión. Napoleón, después de darle la bienvenida, le manifestó que le confiaba el mando del ala izquierda, compuesta del segundo y primer cuerpo (generales Reille y de Erlón), de las divisiones de caballería agregadas á estos cuerpos y de la caballería ligera de la guardia, que le prestaba por aquel día, con recomendación de economizarla; fuerzas que reunidas ascendían lo menos á cuarenta y cinco mil hombres de todas las armas. Napoleón añadió que con estas tropas, que se hallaban al lado opuesto del Sambra y en su mayor parte en Gosselies, debía alejar al enemigo llegando á establecerse en los Quatre-Bras, llave de toda la posición. «¿Conocéis los Quatre-Bras?» preguntó Napoleón al mariscal.—«Por qué no, si he hecho la guerra en ellos cuando era joven? Recuerdo bien que es el punto de enlace de todos los caminos.—Partid, pues, añadió Napoleón, apoderaos de ese punto, por el cual pueden reunirse los ingleses con los prusianos, y enviad hacia Fleurus un destacamento para que os abra camino (1).»

Ney partió lleno de ardor y al parecer dispuesto á no perder el tiempo. Eran cerca de las cuatro y media de la tarde.

Después de enviar al mariscal Ney á tomar la posición de los Quatre-Bras, Napoleón se volvió hacia Gilly, en donde había dejado á Grouchy, Pajol y Exelmans, esperando la infantería de Vandamme para atacar á la retaguardia de los prusianos. Por este lado no tenía más interés que el de ocupar el desfiladero de la llanura de Fleurus, á fin de poder al día siguiente trabar en ella el combate con los prusianos, pero guardándose muy bien de ahuyentarlos, porque privándoles de la gran calzada de Namur á Bruselas, les obligaría á buscar por detrás de esta ciudad un nuevo punto de reunión con los ingleses, lo que hubiera dado al traste con todos sus

(1) Debo advertir al lector que la aserción de Napoleón adoptada en este relato, es una de las que tan debatidas han sido en la larga y viva polémica que ha promovido la campaña de 1815.—Se hallará extensamente probada la verdad de esta aserción en nuestra nota de la página 641. (N. del A.)